

EL CAMINO DE NASREDDÍN

Nasreddín era el hijo pequeño de una de las familias más importantes de Aksehir, una ciudad de Turquía. Un buen día, su padre le dijo:

-Nasreddín, un hombre como es debido tiene que saber escoger su camino. Pronto cumplirás doce años, y ya empieza a ser hora de que decidas qué quieres hacer en la vida.

Pero el niño Nasreddín no sabía si quería ser soldado, marinero o profesor. Todas las ideas se mezclaban en su cabeza llena de pájaros y pensó que si se marchaba a correr mundo quizás, en algún lugar, encontraría un camino donde indicara: éste es el camino de Nasreddín.

Empezó a viajar y tan sólo pensaba en el día en que volvería siendo una persona muy importante y en lo feliz que haría a su padre.

Una mañana de verano Nasreddín llegó ante un pequeño lago donde nadaban unos cuantos patos. Tenía tanta hambre que intentó cazar a uno, pero se le escapó. Enfadado, se metió las manos en los bolsillos y descubrió un trozo de pan seco como una piedra. Así que intentó mojar el pan en el agua del lago.

-Hummmm! –dijo Nasreddín mientras se comía aquel trozo de pan mojado como si fuera el plato más delicioso del mundo.

Un sastre que venía de una feria se quedó boquiabierto al ver aquella estampa.

-Joven –le preguntó- ¿se encuentra usted bien? ¿Qué hace mojando pan en el lago?

-¡Ya lo ve maestro! –le contestó Nasreddín- ¡comiendo una sopa de pato buenisima!

Al sastre, aquel muchacho le hizo una mezcla de pena y de gracia tan grande que decidió llevárselo a trabajar con él. Y así fue como la historia de la sopa de pato se fue extendiendo por todos los mercados y ferias donde iban a vender Nasreddín y su nuevo amo.

Una tarde, con la ciudad en fiestas, un mercader invitó a Nasreddín a una cena a la que acudirían los clientes más ricos que tenía. Cuando el muchacho llegó a la entrada de la casa, los criados que guardaban la puerta no le dejaron entrar:

- ¿Dónde vas vestido así? ¡Esto es una cena de gente importante! – le dijeron-. ¡Ya te puedes volver a tu casa!

Nasreddín fue a ver a su amigo sastre y le pidió que le dejara la túnica más bonita que tuviera. Vestido con ella, volvió a casa del mercader y entonces todo fueron reverencias y buenas palabras:

-Oh, gran señor! –le dijeron los criados, que no lo reconocieron- ¡esta casa se honra con vuestra presencia!

Y entonces entró en el comedor como si fuera un príncipe. Cuando sirvieron el primer plato, Nasreddín cogió la manga de la túnica y la mojó en la comida diciéndole:

-Toma, guapa, Pruébalo, ya verás que bueno está!

El gobernador de la ciudad, que estaba sentado a su lado, no pudo evitar decirle:

-¿Dónde se ha visto esto de mojar la ropa en los platos? ¿Es que habéis perdido el conocimiento?

I Nasreddín volvió a dar una de sus sorprendentes respuestas:

-Mire, si no fuera por esta ropa, ahora no estaría aquí sentado delante de esta comida tan buena. Es justo entonces que la ropa también pruebe la comida, ya que se la ha ganado más que yo.

El gobernador pensó mucho en aquella respuesta tan acertada y, al final de la velada, le propuso a Nasreddín ser el nuevo juez de la ciudad. Solo alguien capaz de decir aquellas verdades se merecía el cargo de juez.

Y así fue como a Nasreddín le nombraron juez. Ni él mismo se reconocía ante el espejo. Ya no era un niño. Y pensó:

-¿Y mi camino? Ya me he hecho mayor y todavía no lo he visto por ninguna parte.

Un día de mercado un carnicero asaba carne en un fogoncillo mientras un pobre hombre que no tenía suficiente dinero para comprar, se conformaba oliendo el sabroso humo que salía del asado. Pero el carnicero era un avaro y pensó que podía sacar provecho de aquel hombre:

-¡Eh, ladrón! –le dijo- págame el humo de mi carne, que te estás hinchando!

Y en un momento empezó una discusión tan fuerte entre aquellos dos hombres que la gente del mercado decidió avisar al juez, es decir: a Nasreddín.

El carnicero quería cobrar por el humo ya que salía de su carne y el pobre hombre decía que el humo se escapaba por el aire y no se podía vender ni comprar.

Finalmente, Nasreddín tomó una decisión. Le pidió al pobre las pocas monedas que tenía y las acercó al oído del carnicero. Pero en lugar de dárselas, las hizo tintinear cerca de su oído.

-¿Lo has oído bien? –le preguntó- Pues ya te puedes dar por bien pagado. Es justo que si quieres cobrar sólo por el humo de la carne, se te pague sólo con el sonido de las monedas.

Todo el mundo aplaudió aquella decisión tan justa de Nasreddín y su fama empezó a extenderse de casa en casa y de ciudad en ciudad. Pero él no estaba del todo contento. Continuaba sin encontrar su camino. Seguro de que no lo encontraría, una tarde decidió volver a casa, pues lo único que quería era abrazar a su familia.

Cuando lo vieron llegar, sus padres, que ya eran muy viejecitos, empezaron gritar:

-Es Nasreddín, es Nasreddín Hodja!

Y es que, mientras había estado fuera, sus historias se habían ido extendiendo y todo el mundo lo conocía ya como Nasreddín el Sabio, hodja en turco. Entonces Nasreddín, viendo la alegría de sus padres se dio cuenta de que finalmente había encontrado su camino.

Nasreddín llegó a vivir muchos años más y siempre, incluso cuando ya era un viejecito, continuó teniendo pájaros en la cabeza. Quizás fueron aquellos pájaros los que hicieron que las historias de Nasreddín todavía hoy se expliquen por todo el mundo.